



Todo cambió cuando llegó Lola

EduLab: un espacio para
aprender en libertad

Por: John Alexis Restrepo Giraldo
y Lorena Áviles Romero, integrantes del EduLab
Jesús Amigo

Lola llegó al Doce de Octubre, la Comuna 6 de Medellín, en 2013. Tenía el pelo encendido como candela y un *piercing* en la nariz. En su espalda llevaba tatuada una mano de Fátima, símbolo de protección originario de Egipto o Cartago, y en los brazos, flores de colores y figuras africanas. Lola estudió periodismo en España y llegó de allá como mi nueva profesora de Lengua Castellana. Y cuando llegó todo cambió para mí.

La topografía del Doce, como le decimos, no se parece en nada a la de Granada, la ciudad donde nació Lola. Por estar localizada en una depresión geográfica de España, Granada no tiene calles empinadas. El Doce, en cambio, tiene pendientes que pasan del 20% de inclinación, y en algunos barrios como El Picacho y Picachito pueden llegar hasta el 60%. Imaginen que un ciclista como Rigoberto Urán hace caras de dolor con inclinaciones de más del 16%.

Allá, en una de esas lomas y cerca de mi casa, está el Colegio Jesús Amigo, en un barrio que también debe su nombre a la invasión protagonizada por Colón y sus hombres al territorio americano. Administrado desde siempre por una familia, este colegio se parecía mucho a otros de la Ciudad: camiseta por dentro, registros de asistencia, monólogos de profesores, tareas para la casa y uno que otro evento escolar. Hasta que llegó Lola.

Comenzamos el año 2013 como cualquier otro año: compañeros nuevos, peinados diferentes y una que otra historia de viaje que ya no recuerdo. Hasta que nos dimos cuenta de que íbamos a ver español con una española. Cuando vi a Lorena Avilés, como se llama Lola [1],

[1] Yo vine a Medellín en el año 2013 para estudiar en la Universidad EAFIT. Desde que participé en iniciativas de cooperación internacional tenía la sospecha de que mi vocación pertenecía a los proyectos sociales. Aquí pude confirmar esta intuición cuando la psicóloga del Colegio Jesús Amigo me invitó a trabajar como profesora. El reto fue grande porque era la primera vez que trabajaba con jóvenes como docente; y si bien no puedo decir que el barrio Doce de Octubre es difícil, pues sí es muy especial. Viví situaciones muy especiales con las familias y con los propios chicos. Al final tuve muchas razones para quedarme; me enamoré de Colombia y de un colombiano.

lo primero que pensé fue: "esta va a ser bien cuchilla para las notas y los trabajos", después supe que tenía razón.

Lola era diferente a los otros profes, sobre todo por su propuesta de trabajo en clase, tan salida de lo convencional. Todo lo que ella hacía encajaba en eso que llamábamos "dar mal ejemplo": hablaba y se comportaba como nosotros, nos trataba de "parcero", "peláó", "hermano", "amor" o cuando no estaba de acuerdo en algo decía "oigan a este". Pero pensaba como educadora. Según ella, eran los maestros los que debían adaptarse a nuestra realidad e intereses. Y no al revés **[2]**.

Con ella, en vez de la *Ilíada*, la *Odisea* y *El túnel*, leíamos obras como *Opio en las nubes* de Rafael Chaparro, *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, e incluso *Cuánto cuesta matar a un hombre*, un texto de crónicas de un periodista que se llama José Alejandro Castañón **[3]**, uno de los nuestros, del Doce.

Lola aplicó la misma lógica al resto de las actividades de clase, y esta nueva forma de estudiar me cambió el panorama de lo que entendía por escuela **[4]**.

Al tiempo comenzó a pregonar en todos los salones su intención de hacer un laboratorio de aprendizaje con nuevas tecnologías **[5]**. ¿Un qué? Nadie entendió, pero muchos la queríamos seguir, porque en cuestión de días Lola había logrado conectarse con nosotros y nuestro mundo.

Nos animamos entre 60 y 70 estudiantes y nos citó en el auditorio del colegio. Allá se presentó con Mauricio Vásquez, quien más tarde sería su esposo, y una cantidad inimaginable de fichas de Lego. Primero nos propuso un reto: construir un puente que resistiera la caída de un celular, y luego de familiarizarnos con las fichas nos pidió que hiciéramos un prototipo de nuestro laboratorio, ese espacio que sería solo de nosotros y en el que podríamos hacer realidad el sueño más loco que tuviéramos.

[2] Los profesores decían que ellos no tenían "ganas de hacer nada, ni de leer o escribir", pero eran unas máquinas en redes sociales y estaban todo el tiempo con el celular. ¿Eso no es leer y escribir? Yo me encontré con una comunidad de chicos y sus familias que tenía muchas ganas de participar, pero era una realidad paralela que los profesores no alcanzaban a ver. Y ahí es cuando digo que el problema no es que no lean ni escriban, sino que no estamos leyendo y escribiendo lo que ellos están viendo y percibiendo.

[3] Con José Alejandro pasó algo muy charro y es que conseguí llevarlo al colegio y los chicos le entregaban su libro pirata comprado en La Bastilla para que él lo firmara, ¡pero estaban leyendo! Hasta hacían tertulias.

De esta jornada sacamos el nombre *Edu-Lab*; *Edu* por educación y *Lab* por laboratorio. Sonaba pegajoso, aunque después Lola nos contó que el asunto iba más allá de una buena conjugación de palabras porque el nombre derivaba también de una metodología de trabajo de laboratorios educativos. Esto ya se había hecho antes, pero no aquí, no ahora, no en el Doce de Octubre, en las pendientes del 60% cerca de nuestras casas.

Un laboratorio de cajas de huevo

El EduLab Jesús Amigo es un laboratorio de creación colaborativa que funciona dentro y fuera del aula. Su objetivo es promover formas de aprendizaje alternativas para darle cuerpo a una escuela diferente, una escuela del siglo XXI [6], que responda al interés y habilidades de sus integrantes.

Sigue este enlace para escuchar la historia de Luisa Durand, integrante del EduLab

» bit.ly/luisadurand



En el EduLab participan jóvenes entre los 11 y los 19 años [7] y actualmente trabajamos con herramientas que van desde papel, lápiz y vinilo, hasta computadores, celulares y robots.

Sin embargo, no siempre ha sido así. Comenzar no fue fácil. Las primeras semanas no teníamos ni siquiera un lugar donde estar. El EduLab éramos nosotros y lo que teníamos en

[4] Creo que el problema de la educación, muy a nivel general, es que no estamos tocando las fibras de nuestros estudiantes. Y yo creo que eso va más allá de un discurso de atender sus gustos y hábitos, porque se trata de cambiar esa idea de que aprender es una carga más del colegio en vez de algo que forma parte de la vida de los jóvenes.

[5] Se me ocurre a mí, de la mano de Mauricio Vázquez, que es el coordinador de la Maestría en Comunicación Transmedia de la Universidad EAFIT. Yo les decía: “Estos pelados quieren hacer cosas, la comunidad se presta, pero no tengo nada”.

[6] Ni informes de lectura ni resúmenes, porque sabía que los iban a copiar de internet. La propuesta fue hacer cosas que marcaran, porque es una bobada discu-

la cabeza, lo que queríamos hacer y lo que planeábamos conseguir.

La primera victoria que tuvimos fue precisamente un pequeñísimo rincón en el último piso del colegio. El espacio, con más características de lugar de paso, medía 2 metros de ancho por 4 de largo, y fue nuestra primera sede, un pedacito de nada que nos sirvió para conspirar y crear de todo.

El calor merece un capítulo aparte en esta historia. El EduLab era tan pequeño que el vapor, producto de nuestro sudor, nos ahogaba, y las tejas de Eternit, aliadas con el sol de la tarde, creaban una atmósfera digna de un horno solar.

Tampoco nos faltaron los accidentes. Sobrevivimos a un incendio —gracias, Juanse—, a dos inundaciones —gracias al que dejó la ventana abierta— y nos tocó desmontar unas cajas de huevo que habíamos instalado para insonorizar un metro cuadrado y grabar RadioKids, el primer programa radial que lanzamos. En ellas anidó una prolífica comunidad de cucarachas y cabían ellas o nosotros, pero no ambos —gracias, Secretaría de Salud—. Pero, como dice Lola, seguimos “dando lidia”.

Con mucho esfuerzo, conseguimos tres computadores y una tableta graficadora, y nos hicimos a algunas donaciones, como la cámara de viaje de Lola y una tarjeta de sonido con un micrófono que era el tesoro más preciado de Mauricio Vásquez. Y con eso comenzamos a explorar. Nos dividimos en componentes y lanzamos cuantos productos nos soñamos: revista digital, cómic digital, animación, audiovisual, robótica e impresión 3D. Cada equipo tenía su líder y unos 5 integrantes, y así terminamos creando cosas que ningún otro colegio había hecho.

¡Aquí estamos Medellín!

Además de querer conocer gente, y pasar un buen rato, para mí entrar a EduLab fue una

tir si les sirve o no, el asunto es que la experiencia sea realmente significativa y que cuando sean viejitos digan: “¿Te acuerdas de lo que hicimos con Lorena?”. Para mí, eso es aprender.

[7] Yo me di cuenta de que estos pelados eran “los más plagas”, los que no encajaban en el aula tradicional, pero sí en esa idea de un aula sin muros. Entonces los saqué del salón para que explotaran sus habilidades en el laboratorio y eso los hizo sentirse especiales. ¡Ellos formaban parte de esa élite de EduLab con sus amigos!

[8] Siempre hemos buscado trabajar juntos, independientemente de la edad, del barrio, del estrato. A EduLab han llegado chicos sin comer y hemos tenido problemas que van desde embarazos adolescentes hasta temas de drogas, pero siempre nos

alternativa para usar mi tiempo. Mi mamá salía a trabajar a las 4:00 a.m. y yo para el colegio a las 5:45 a.m. En la tarde, llegaba a casa y me acostaba a dormir. Luego, cumplía con las tareas, veía películas... no hacía mucho más que eso. Como yo había muchos, aunque no necesariamente se quedaban en casa; también se entregaban a la calle, a vivir en las esquinas del barrio [8].

Cada uno de mis compañeros tuvo sus propias razones para entrar al proyecto. A algunos los impulsaron las ganas de aprender, a otros, la intención de evitar a los papás regañones o la oportunidad de aferrarse a algo que no fueran las drogas. Y yo creo que ese es otro aspecto positivo de EduLab, aquí encontramos un espacio para crear, pero también para conocer y entender al otro. ¡Para divertirnos!

[9] Nosotros bailamos, cantamos, reímos, comemos, hacemos sesiones de chistes, evitamos las rutinas y armamos planes juntos; aquí podemos ser nosotros mismos mientras trabajamos. Y es que la mejor forma de asegurar la constancia de un joven es garantizarle diversión y mostrarle que hace parte de algo, algo que es suyo.

Sigue este enlace para escuchar la historia de Heidi Echavarría, integrante del EduLab

»» bit.ly/heidyechavarria



Bajo ese esquema, el proyecto comenzó a tomar forma y fuerza. Tal vez el primer desafío grande que tuvimos fue organizar el “Rruiseñor que Lee 2015”, uno de los eventos

ayudamos y apoyamos. Y eso ha hecho que esta experiencia sea rica en lo académico, pero también en lo emocional.

[9] Esta ha sido para mí la oportunidad de entender el mundo de unos jóvenes que evolucionan a la par de una sociedad que no los entiende, y por eso creo que he sido yo la que más ha aprendido. En un principio, llegué a ser muy frustrante porque era como: “quiero ayudarte, pero no sé cómo. Vas a un ritmo al que me tengo que adaptar, en el que quieres probar cosas nuevas, cada día una droga nueva, cada día una práctica que desconozco”; pero lo bonito es que ellos me contaban, me ayudaban. Me tenían la confianza de una parcerera, pero el respeto de una profesora, e incluso, el de la mamá que no tienen.

[10] Cuando nos presentamos al Premio a la Calidad

más importantes del colegio. Comenzamos a planearlo todo dos meses antes para armar un buen evento. El tema central eran los escritores colombianos.

En esa ocasión creamos un tapete de baile de muy bajo presupuesto que sonaba al pisarlo (un sistema *makey makey*), ofrecimos experiencias gustativas y olfativas relacionadas con la literatura, y recolectamos más de 300 libros para crear nuestra biblioteca, que desde el principio se planteó como un espacio interactivo, experiencial, “disruptivo”, como nos explicaba en ese momento Lola. ¿Y los asistentes? Pues muchos decían que era “el mejor Ruiseñor de la historia” y se fueron más que satisfechos, eso sí, no más que nosotros.

Ese mismo año Lorena presentó al EduLab como experiencia significativa al Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación [10] y nos visitaron varios pares académicos. Ellos experimentaron el calor al que ya estábamos acostumbrados y se quedaron sorprendidos con nuestra experiencia (y resistencia a las altas temperaturas). Ese día hubo lágrimas de felicidad —y eso que apenas nos estaban visitando—.

A ellos les parecía increíble que un grupo de jóvenes estuviera todo el tiempo, incluso por fuera de clases, en este espacio creando, ¡expresándose! por su propia voluntad y convicción. Y consideraron que la experiencia era innovadora; una apreciación que pesó mucho en la ceremonia de premiación.

Ese día estaba presente el alcalde, sus secretarios, y unos 500 asistentes, entre ellos algunos de nosotros. Y los que no pudieron ir se reunieron a ver el evento por televisión en la sala de una casa —igual que una familia orgullosa—. Cuando dieron el nombre del ganador: “Lorena Avilés Romero con su experiencia EduLab Jesús Amigo”, se nos erizó la piel. Esa noche fue una de las más felices de nuestras vidas.

de la Educación, yo les decía a los muchachos: “no vamos a ganar porque el proyecto tiene poco tiempo de vida y no ha dado los frutos suficientes”. Pero escribiendo la propuesta nos damos cuenta de que habíamos modificado indicadores de corte académico en menos de un año. Los chicos que estaban perdiendo el año, luego de entrar al EduLab, pasaron a protagonizar el cuadro de honor de excelencia académica de la Institución.

[11] La figura de docente está cambiando en todos los contextos. Yo era más una guía que una profe, como se entiende tradicionalmente. Y ser una guía implica que hay que estar pendiente de un seguimiento de resultados, pero también de procesos. Para eso se necesita tener capacidad de observación, porque el docente tiene que ser consciente de qué está transformando y

Después de recibir el premio, estrenamos una impresora 3D MakerBot, directamente traída de los Estados Unidos al Doce de Octubre. En esa época también recibimos la visita de académicos como Isidro Moreno de la Universidad Complutense de Madrid, Denis Renó y Vicente Gosciola, expertos en comunicación transmedia de Brasil, y Yolanda Barrasa, que se enamoró del laboratorio y nos ayudó a conseguir una beca para un seminario de realización de guion de series web.

Quizá por eso, por lo bien que la pasamos, por lo que hemos logrado, no hemos dejado que esto se caiga. Obviamente, muchos se han ido. ¿Recuerdan la cifra del primer día? Hoy somos menos de la mitad, pero seguimos creciendo en logros y aprendizajes, y siempre encontramos chicos nuevos que quieren hacer parte de nuestro equipo.

Yo soy un mediador

Hace dos años me gradué y comencé a estudiar Comunicación Social en la Universidad EAFIT. Lola también se desvinculó del colegio, pero ambos seguimos haciendo parte del Edu-Lab. De hecho, ella decidió nombrarme coordinador del proyecto, Eso no implica que ahora sea el que mande, porque en este espacio no hubo ni hay jerarquía. Mi labor ahora es, como alguna vez lo hizo ella, garantizar que haya cohesión entre todos y una buena comunicación. Yo soy un mediador **[11]**.

de qué puede transformar. Y sí, para eso se necesita también tiempo, esfuerzo y paciencia. Es un asunto muy romántico porque yo soy consciente de que los profes tienen una serie de cargas que no los dejan respirar: papelería, observadores, reuniones con papás, el sindicato, la rectora, entre otros. Pero hay que buscar un punto de equilibrio. En mi caso, yo seguía teniendo esa carga, pero me desligué un poquito de ella para experimentar otro rol y encontré un punto medio.

[12] El éxito de todo proyecto es que sea sostenible y replicable. Para que sea sostenible, hay que tener un equipo fuerte en el que todos sean protagonistas del proceso; en este caso, mis chicos. Todos nuestros logros se deben a que contamos con un John, un Daniel, una Juliana, en fin, ¡jun todos! Y si alguno va a la Alcaldía,

Sigue este enlace para escuchar la historia de Juliana Espinosa, integrante del EduLab

» bit.ly/julianaespinosa



Como mediador, intento aplicar muchas de las cosas que Lola aprendió con nosotros y nosotros con ella. Por ejemplo, siempre intentamos que todos los integrantes tengan su protagonismo.

Así ha ocurrido en las ponencias en las que hemos participado. Los representantes son elegidos por votación y eso ha permitido que muchos podamos contar nuestra historia [12].

Sigue este enlace para escuchar la historia de Daniel Acevedo, integrante del EduLab

» bit.ly/danielacevedo



Otro asunto importante es la libertad, de hacer y ser. Nosotros trabajamos como queremos en cuanto a creación de proyectos. Si queremos imprimir, lo hacemos, si queremos grabar, lo hacemos, si queremos animar, lo hacemos, porque este es un asunto clave de los

a la Secretaría de Educación, a otro colegio, es capaz de contar qué hacemos, quiénes somos y cómo podemos trabajar juntos.

[13] Yo creo que Edulab es más que un proyecto, es una comunidad de aprendizaje, una red de chicos de un barrio que fueron capaces de extenderla a sus familias, a otros barrios de Medellín y a ciudades como Manizales y Bogotá.

[14] Para que estos proyectos sean replicables se necesita pensar en cómo diseñarlos para que sean capaces de habitar cualquier escenario. Nosotros fuimos capaces de colonizar una institución, una relación que funcionó como una simbiosis.

[15] El sueño de mi vejez es tener un colegio bien loco y yo sé que mis profes van a ser los chicos de EduLab. Por eso siento que este es el primer paso de una aventura que se ha convertido, sin querer, en un proyecto de vida.

laboratorios, no imponer, sino brindar posibilidades de desarrollarse sin obstáculos.

Una de nuestras fortalezas también ha sido la comunidad que hemos construido **[13]**. ¿Quién mejor que un joven para entender a otro joven? Nosotros nos interesamos por el bienestar de todos, incluso de los que no hacen parte del EduLab; somos amigos y nos ayudamos. Y eso nos ha permitido atender casos de consumo de drogas entre jóvenes, porque tenemos la ventaja de no juzgar sino de entender y ofrecer opciones; como ocupar el tiempo libre en el EduLab.

Esto es lo que nos ha permitido mantener vivo un proyecto tan especial. Y es que pertenecer al EduLab ha cambiado nuestra forma de pensar, de vivir nuestras relaciones sociales, de acercarnos al conocimiento, de entender y representar nuestra comunidad, incluso de sentir nuestra ciudad.

En este momento no solo estamos pensando en nosotros, sino en otros jóvenes, y continuamos una búsqueda de largo aliento de metodologías de trabajo para chicos como nosotros, porque creemos que es así como podemos unificar lenguajes y abrir el corazón y el espacio para todos, siempre partiendo de nuestras historias y nuestro contexto.

Queremos que este artículo sea más una carta de invitación que un texto de consulta, porque quien lea nuestra historia y esté interesado en trabajar con nosotros será bienvenido para que contemos, experimentemos, creemos y soñemos **[14]**. Mil cabezas pensamos más que una, y mil cabezas somos más fuertes que una.

Nos gusta pensar que somos rebeldes, porque tratamos de no seguir esquemas, pero proponemos alternativas. Sí, somos rebeldes, pero con causa **[15]**.

¿Quieres ver más?
¡Visita este contenido!



bit.ly/saturno-edulab

Vuelve y juega -Saturno -
EduLab Jesús Amigo

Serie web Saturno del
EduLab Jesús Amigo.
Creada, producida y editada
por los integrantes del
laboratorio.